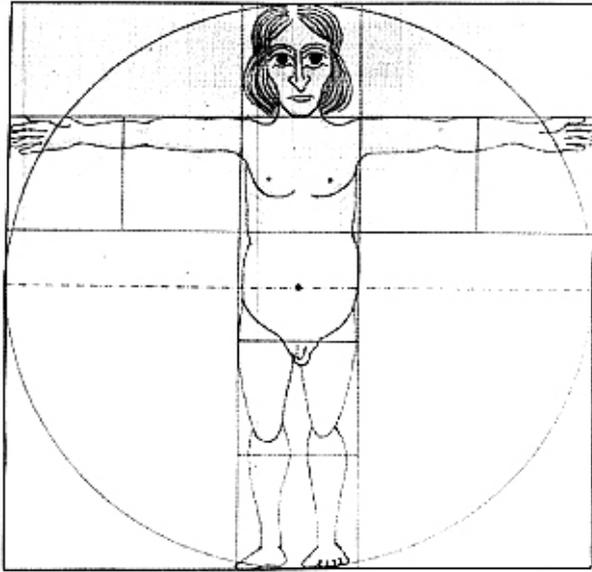


La iglesia románica y su simbolismo¹

Al igual que en la Antigüedad, durante la Edad Media, la perfección se nos manifiesta a través de las leyes de la geometría. Tanto para el tratadista romano Vitrubio, como para San Agustín o Santo Tomás, la perfección del hombre se manifiesta en la figura del cuadrado. El modelo de hombre perfecto es aquel que con los brazos en cruz puede inscribirse en un cuadrado –*Homo quadratus*–. La anchura de los brazos extendidos debe ser igual a la altura del hombre. Este cuadrado se construye a partir del círculo que toma como centro el ombligo del hombre. En esta analogía del *Homo quadratus* se contiene el macrocosmos (círculo) y el microcosmos (cuadrado).



El hombre con los brazos en cruz se convierte en la imagen perfecta de Dios hecho hombre en la figura de Cristo crucificado. Cristo, modelo de hombre perfecto, al morir en la cruz, indica los cuatro puntos cardinales del universo del que es Señor en tanto que es Dios.

La iglesia románica toma como modelo al hombre –Dios, Jesucristo

El presbiterio (cabecera) corresponde a la cabeza, el transepto a los brazos en cruz y el resto del edificio al resto del cuerpo.

El plano divino viene configurado por las formas circulares de las bóvedas, las cúpulas, los arcos de medio punto y el ábside. El plano terrestre y humano, por las formas poligonales (cuadrados, rectángulos, etc.) de los tramos de las naves y del crucero, así como de los diferentes alzados de las fachadas.

La iglesia se orienta con la cabecera al este, el lugar por donde sale el Sol iluminando con sus rayos la vida sobre la tierra. La orientación del edificio no sólo concuerda con la imagen de Cristo como Señor del mundo, sino también porque Cristo, como Dios y cabeza de la Iglesia, es la luz que ilumina al mundo.

El templo románico obedece a una estricta ordenación de sus elementos arquitectónicos, de sus proporciones y de su orientación, todo ello basado en la armonía de las formas geométricas simples: el cuadrado, el rectángulo, el círculo y el semicírculo, junto con un elaborado sistema simbólico de correspondencias y analogías derivadas de la fe cristiana.

En general, la iglesia románica tiene forma paralelepípeda, orientada según un eje este (ábside)–oeste (pies). El interior viene configurado por una nave principal única y dos o más naves laterales de anchura y altura inferiores.

En el muro interior, sobre los arcos de las naves laterales, aparece el *triforio*, pequeñas ventanas ornamentales con arcos de medio punto.

La bóveda de la nave central con sus arcos de medio punto, que se repiten a cada tramo (*arcos fajones*) y la iluminación en penumbra, determinan un claro sentido direccional que parece querer arrastrarnos, como un oleaje, hacia el ábside, santuario de Dios, al tiempo que nos crea la sensación de recogimiento y sumisión.

Los arcos que comunican la nave central con las laterales se apoyan, generalmente, en pilares. El peso de la nave central descarga sobre los *pilares de planta cruciforme*, las naves laterales y los contrafuertes que la refuerzan desde el exterior, de tal manera que a cada arco fajón corresponde un contrafuerte en el exterior. Las ventanas se abren en el macizo muro y suelen ser de dimensiones reducidas y *abocinadas*.

¹ Tomado de: HERGUEDAS LORENZO, Miguel Ángel; M^a Asunción García Torralba y Juan Zafra Camps. *Historia del Arte*, Ed. Edelvives, Zaragoza, 1992.

El recorrido hacia el ábside se interrumpe al llegar al *crucero*, lugar de unión entre el transepto y la nave principal, intersección en forma de planta cuadrada cubierta con una cúpula semiesférica, abierta en su parte superior por una linterna y apoyada sobre el cuadrado mediante *trompas* o *pechinas*. El crucero constituye el centro de la iglesia, el lugar donde confluyen la dimensión terrestre (cuadrado) con la divina (el círculo de la cúpula). En el crucero, la luz divina purifica al hombre preparándolo para el encuentro con la manifestación de la presencia divina del santuario semicircular del ábside. En el *ábside*, el sacerdote oficia el ritual litúrgico que conmemora el sacrificio de Cristo. Es el espacio divino por excelencia, el lugar por donde penetran los rayos del sol naciente, el “*Sol salutis*”, y en el que se reflejan, al atardecer, los rayos del sol poniente, imagen del juicio que espera al hombre en el crepúsculo de sus días (“*Sol iustitiae*”). Toda esta simbología viene reforzada por las pinturas del ábside: Cristo en majestad, Todopoderoso, Señor del Tiempo y Juez Supremo, se rodea de los cuatro vivientes apocalípticos, imagen de los cuatro evangelistas, símbolo de las tribus de Israel y de los cuatro puntos cardinales.

El altar

El centro simbólico del templo es el altar (del latín “*altare*”, lugar situado en lo alto). La presencia de Dios se hace tangible por medio de la liturgia (pan y vino, frutos de la tierra y del trabajo del hombre transubstanciados en cuerpo y sangre de Cristo) sobre la piedra cuadrada del altar. Este simbolismo se refuerza por la historia del sueño de Jacob. Cuando éste se durmió apoyando su cabeza sobre una piedra, soñó con una escala que llegaba hasta la presencia del Altísimo. Por ella subían y bajaban los ángeles. Al despertar, Jacob, atemorizado, consagró la piedra exclamando: “¡Qué terrible es este lugar! No es sino la Casa de dios y la Puerta de los Cielos”. Estas mismas palabras se repiten en la ceremonia de consagración de las iglesias.

El exterior de las iglesias románicas ofrece un buen marco para la expresión de las diversas escuelas regionales. Las torres-campanario se sitúan flanqueando la fachada occidental y en los brazos del transepto, o en forma de cimborrio sobre la cúpula del crucero.

La aparente pesadez de los muros se alivia mediante su división por franjas verticales y pequeños arcos ciegos (bandas y arcos lombardos), con lo cual se crea un equilibrado juego de clarooscuro.

El vuelo del tejado se sostiene sobre los llamados *canecillos*, pequeñas repisas en las que se esculpen diversos motivos figurativos o vegetales.

El edificio románico presenta una configuración unitaria del espacio a través de sus diversos elementos arquitectónicos; con ello se consigue una perfecta correspondencia entre interior y exterior.

El lugar más cuidado del exterior son las fachadas, sobre todo las occidentales, en las que se sitúan las principales puertas de acceso al templo.

La portada románica refleja en el exterior la disposición general del edificio. Su alzado recuerda al número de naves, y su planta, la de la iglesia en general. Para salvar el grosor del muro y facilitar el acceso al interior del templo, la portada se dispone mediante el abocinamiento progresivo de los diversos arcos de medio punto (*arquivoltas*) de radio inferior cuanto más interior es el arco. Las arquivoltas descansan sobre *jambas*. Encima de la portada suele abrirse un *óculo* o ventana que ilumina la nave central y que con el tiempo se convertirá en el rosetón.

Algunas construcciones parecen alejarse de las características tipológicas más comunes: se trata de las, generalmente, pequeñas iglesias levantadas por las órdenes militares, sobre todo las del Temple y la del Santo Sepulcro. Estos edificios suelen presentar plantas poligonales o circulares. Se inspiran en las iglesias levantadas en Jerusalén, sobre todo la erigida en el sepulcro de Cristo, considerado como el centro simbólico del mundo cristiano. Por razones de su singularidad, la forma circular manifiesta la perfección de la naturaleza divina del crucificado.

Todos los elementos característicos de la arquitectura románica permiten una gran variedad de formas y combinaciones en el momento de su aplicación concreta. Ello conlleva a la aparición de diferentes escuelas que los utilizan en función de su tradición arquitectónica anterior y de los recursos económicos disponibles por las comunidades que sufragan su construcción.